

Igualitarios: la construcción social de la desigualdad en Costa Rica. Carlos Sojo. San José Costa Rica: Master Litho: PNUD, 2010. 177 páginas.

Eugenia Molina Alfaro
Correo electrónico: molina.eugenia@gmail.com

La primera parte de este libro aporta una periodización de la histórica de Costa Rica leída en clave de desigualdad, es decir, en términos de la evolución de las ideas dominantes sobre la equidad. Para esto, el autor retoma algunas fuentes bibliográficas reconocidas de cada período histórico y recurre especialmente a historiadores contemporáneos como Iván Molina, Héctor Pérez Brignoli, y Víctor Hugo Acuña, y a sociólogos como Manuel Rojas, Juan Pablo Pérez Sainz y Mainor Mora.

En esa primera parte se muestra históricamente cómo la sociedad costarricense ha sido desigual a pesar de que, como señalan algunos historiadores, y como enfatiza el mismo Sojo, desde la constitución de la República en el siglo XIX da inicio la construcción de un mito en torno al carácter igualitario de la sociedad costarricense. Este mito toma fuerza y se consolida a fines de los años cuarenta, hasta llegar a formar parte del proyecto igualitarista de la Segunda República que fortaleció la conformación de una sociedad de clase media.

Con ese trasfondo histórico, y revisando las estadísticas de ingresos de las últimas tres décadas que evidencian un estancamiento de la pobreza y un creciente aumento de la desigualdad, Carlos Sojo se plantea como objetivo general “descifrar las representaciones dominantes entre los costarricenses sobre la desigualdad social” (165). Para ello, el autor se formula las siguientes preguntas: “¿Persiste en las representaciones individuales la afirmación de una naturaleza igualitaria en la sociedad costarricense? ¿Perciben cambios las personas en sus relaciones con otras y en su comprensión de las estructuras y jerarquías sociales? ¿Preocupa la desigualdad y se considera creciente como creen los investigadores? ¿Cambia en definitiva la definición de la sociedad, la valoración que se tiene del problema de la desigualdad?” (115).

Sojo se cuestiona la resistencia o el cambio de ese mito del igualitarismo costarricense para llegar a una doble conclusión. Por un lado, el mito se acompañó de los referentes materiales con los cuales se construyó la Segunda República y se impulsó un modelo de Estado con capacidad para generar políticas sociales redistributivas. Por otro, el sustento material del modelo ha cambiado pero el imaginario igualitarista persiste.

El autor aboga por la pluralidad metodológica y desde esa visión concibe su trabajo como complementario y no excluyente de otros abordajes. Éste combina datos de la estructura social con una exploración de las percepciones de la gente a través de 30 entrevistas en profundidad. En ellas se indaga sobre el discurso de las personas en relación con las causas y manifestaciones de la desigualdad, su visión de los cambios en la estructura social y su percepción sobre las relaciones y vínculos entre las personas. Las entrevistas se aplican a personas de diferente trayectoria, posición social, ciclo de vida, condición socioeconómica, grupo étnico y género. Esta combinación metodológica resulta sumamente sugerente y llena un vacío por la importancia que se le asigna a las fuentes históricas y a las percepciones de la gente sobre el problema, fuentes poco frecuentemente utilizadas en este campo.

Entre la literatura internacional mencionada en la obra destacan Roberto Castel y Charles Tilly. Con este último es con quien -a mi juicio- Sojo tiene la principal deuda teórica, pues es quien le aporta el concepto de desigualdades categoriales, el cual constituye un aspecto central en el análisis de los discursos recogidos en las entrevistas. El autor distingue pares categoriales en el ámbito político (político-ciudadano, votante-abstencionista, democratas-autoritarios, liberales-conservadores), en la triada de la estructura social (ricos, clase media y pobres), y en las jerarquías relativas al trabajo (empleado-jefe, alumno-maestra, niños-adultos, adultos-ancianos, marido-esposa, hombre-mujer).

De manera general podría decirse que Sojo adopta una visión estructural de las causas de la desigualdad, aspira a una visión macrosocial del fenómeno y opta por relevar el papel de las subjetividades tanto en la reproducción como en el cambio de la desigualdad. Se trata de un trabajo ingenioso, serio y riguroso que se enfrenta al reto de interpretar lo social desde las tensiones entre la acción y la estructura, el nivel micro y macro, y lo objetivo y lo subjetivo.

La primera tensión tiene que ver con el peso que se le da al individuo o a las fuerzas sociales en la reproducción de la desigualdad. El autor opta por lo segundo y combina la reconstrucción de las ideas sobre equidad con los datos secundarios que refuerzan el carácter estructural del fenómeno. Luego analiza las representaciones a partir de los 30 individuos entrevistados en virtud de sus características de posición social y no como individuos.

Con respecto a la tensión micro-macro, puede decirse que el autor se ubica mayormente en el nivel macro social, por lo dicho en el acápite anterior, y porque sus incursiones en el nivel micro resultan escasas y subordinadas. Dice Sojo: "El problema de la ciencia social es interpretar las cosas que la gente `sabe'" (144). El autor agrega que la gente relata sus relaciones como esencias no como producto de los vínculos. A mi juicio, trascender las representaciones como esencias y prejuicios para dar cuenta de las relaciones sociales que se cobijan bajo esas representaciones requiere de un enfoque relacional y micro de la desigualdad que supera los alcances de este estudio pionero y exploratorio. El autor incursiona un poco en este campo en la segunda parte del libro cuando explora la forma en que la gente ve las relaciones entre hombres y mujeres, ciudadanos y políticos, o entre maestros y alumnos. No obstante, esta aproximación

se hace desde percepciones sobre relaciones y no propiamente sobre las relaciones que operan entre estos pares categóricos. Por eso su principal hallazgo se puede formular como una hipótesis acerca de la subjetividad costarricense a nivel macro, que afirma la existencia de una macroestructura subjetiva. Esto nos lleva a la tercera tensión.

Con relación a la tensión entre lo objetivo y lo subjetivo, las dicotomías para los científicos sociales se plantean entre dos situaciones distintas: por un lado, ¿cómo enfrentar el reto de objetivar, entendido éste como la producción de conocimiento válido para la comunidad científica? Y, por otro lado, ¿cómo se abordan las relaciones entre la dimensión objetiva y subjetiva de la realidad social?

En relación con lo primero, Carlos Sojo elabora un ensayo respaldado en una investigación sistemática que busca la rigurosidad científica y la elaboración de un discurso responsable. Con respecto a lo segundo, vale la pena hacer una distinción. La primera parte del libro podría verse como una incursión en dimensiones objetivas de la desigualdad, desde los datos y la dimensión histórica, mientras que en la segunda parte priva el análisis de las representaciones actuales, y el autor opta por una descripción del discurso de la subjetividad de los entrevistados. Con todo el material, el autor termina relevando el peso del elemento subjetivo cuando dice: “Constatamos con optimismo que las aspiraciones de equidad, si bien no han sido capaces de promover la erradicación de la esclavitud moderna que es la pobreza, han jugado un papel central en los procesos de cambio social y político del país hacia nuevos horizontes” (169). Desde esa opción teórica, el autor llega a la conclusión de que existe una subjetividad de clase media como una especie de macro estructura subjetiva que autodefine a los costarricenses: “Pese a las evidentes diferencias de ingreso, educación y estatus socioeconómico predomina en los entrevistados una representación común de sí mismos: estamos en el medio, somos clase media, por lo tanto la representación dominante es la de una sociedad que se entiende integrada mayoritariamente por esa clase”(166).

No cabe duda de que la exploración de Sojo dio frutos muy interesantes que sugieren no solo la relevancia de una ampliación del material empírico sino también una profundización en la recolección y análisis de los discursos, con el fin de poder generalizar y descifrar las representaciones dominantes en la sociedad costarricense.

Dos conclusiones más del autor que se pueden mencionar son las referidas a las causas que las personas atribuyen a las desigualdades y, por otro lado, las que obtuvo del análisis de las percepciones sobre los pares categóricos. Según lo primero, las percepciones sobre las causas de la desigualdad se atribuyen al individuo, el espacio, las políticas públicas y la cultura. Desde lo segundo, el imaginario costarricense presupone la existencia de una identidad comunitaria, de un sistema de derecho, un sentirse demócrata y una tendencia a rechazar los extremos

El material empírico permitió concluir al autor que los pares categóricos como elementos en tensión presentan diferencias y cambios recientes. Algunos han sido menos estudiados, como el hecho de que las jerarquías se han movido en los ámbitos como el trabajo y el aula, en parte gracias a las instituciones públicas que introducen diferencias al defender derechos, mientras que otros son más conocidos como la biologización y naturalización de las asimetrías sobre la niñez y la juventud en el ámbito

familiar, o el carácter transversal del género en otros ámbitos o con respecto a otros pares categóricos.

Sobre lo primero vale preguntarse: ¿cuánto inciden estas explicaciones sobre la reproducción misma de las asimetrías? Mientras que sobre lo segundo vale la pena retomar los pares categóricos poniendo el acento sobre la percepción que se tiene de la causa o el efecto del antagonismo entre los polos de la relación y no solo en el contexto de la misma.

En fin, el libro ofrece una perspectiva y un material empírico para conocer, reflexionar y debatir.